

por Ramón Díaz

El hombre nuevo (II)

"La actitud de nuestros combatientes mostraban ya al hombre del futuro" expresaba el Che Guevara, recién descendido de Sierra Maestra, en palabras recogidas por René Dumont (1). No se trataba de eso, sin embargo, sino como Dumont señala, "de la exaltación del combate (2)".

El revolucionario argentino-cubano atribuía enorme importancia a la transformación del hombre. "El Che", relata Dumont, "buscaba la fórmula para perpetuar en la vida cotidiana (aquella) actitud heroica (3)". En otro lugar el propio Comandante Guevara escribió:

"...El comunismo es una meta de la humanidad que se alcanza conscientemente; luego la educación, la liquidación de las taras de la sociedad antigua en la conciencia de las gentes, es un factor de enorme importancia. (4)".

La referencia a las taras de la sociedad antigua es imprecisa, en cuanto calla la forma en que se lograría su liquidación. La referencia a la educación no es marxista. Los marxistas han reprochado a Rousseau el papel que atribuyó a la pedagogía para transformar al hombre, por considerarlo excesivo y utópico, además de idealista, ya que implica que serán las ideas las que cambiarán al mundo (5). Para el marxismo el agente transformador no es más que la vida en el seno de una sociedad que ha eliminado la propiedad privada de los medios de producción. La transformación del ser humano es parte del mismo proceso que debe eliminar las clases sociales y aparejar el debilitamiento progresivo del estado, hasta su total desecación y muerte.

La idea es de una evolución, tal vez lenta. Los cristianos no sabemos el día ni la hora de la Segunda Venida de Jesús. Análogamente, los marxistas no saben cuándo el estado soviético va a

marchitarse y desaparecer. Entretanto no esperan ver al **homo novus** por las calles de Moscú, ni trabajando en las fábricas ni granjas colectivas. Entretanto, les consta que habrá que mantener vivos los incentivos económicos: de cada cual según su capacidad, a cada cual según su esfuerzo.

"(Marx) estaba demasiado imbuido de la lógica inherente a los asuntos sociales como para creer que las revoluciones pueden reemplazar cualquier parte de la obra de la evolución" señala Schumpeter. La revolución marxista es un hito insustituible, pero la verdadera transformación institucional y cultural es como la transformación de la oruga o el renacuajo, un proceso gradual. "La revolución marxista, por lo tanto", prosigue aquel autor, "difiere enteramente, en naturaleza y en función de las revoluciones tanto del burgués radical como del socialista conspirador (6)".

¿Y por qué no también de la revolución del aristócrata romántico? Al menos yo veo así a Guevara: un aristócrata —en el buen sentido de la palabra— lanzado hacia la aventura como la catapulta de su ideal, un ideal hecho de hambre y de absoluto rechazo de toda contemporización. "...el Che", nos relata René Dumont, quería evitar "la tentación de recurrir al interés material como palanca de un desarrollo económico (7)".

Por una ironía histórica difícil de empardar, Guevara había sido designado presidente del Banco Central de Cuba. El dinero, incluso el que llevaba su firma, debía darle náuseas. Exploraba la posibilidad de eliminarlo, entregando los bienes al público gratuitamente, y suministrando recursos a las unidades productoras a través del presupuesto nacional. ¿Qué lógica lo impulsaba a ello, contra toda lección dictada por las experiencias del so-

cialismo hasta aquel día? Pues, sin duda, la lógica de los sentimientos, la razón del corazón, aquella con que Pascal se manejaba en los asuntos de la transcendencia, aplicada a las cuestiones más inmanentes de todas, las que piden a gritos la razón más cerebral y más fría posible.

Cuando el Che advierte que el **homo novus** que había creído detectar en la Sierra revertía hacia la especie **anticus** al descender al nivel del mar, y que sus esfuerzos por encontrar una fórmula capaz de perpetuar la actitud heroica de las alturas son vanos, resuelve partir en busca de otras selvas, otras aventuras, otras revoluciones, quizá por fin de otro **hombre nuevo**; éste estable, su congénere, con quien poder hablar. Y le vemos partir de Cuba, entonces, cuando todo quedaba por hacer, cuando había que ensuciarse las manos, para ver de salir del barro que él había contribuido prominentemente a crear. Se va en busca de su muerte, generoso y desesperado, una figura byroniana, trágica, la quintaesencia del romanticismo.

Y un héroe. El héroe de la revolución latinoamericana. Su símbolo. Porque lleva las manos limpias de toda corrupción y puede mostrarse, según hacen los autores de **Evita**, como la conciencia de la revolución. Porque las mantiene igualmente limpias de las manchas de mediocridad y fracaso que se las habrían curtido si se hubiese quedado a cumplir la improbable tarea de hacer funcionar el socialismo en el lugar menos indicado del mundo. Porque representa el impulso hacia la revolución por la revolución misma. Porque exige de pensar y analizar, y sólo reclama sentir. Porque en su imagen, poética e impráctica, la juventud latinoamericana se reconoce a sí misma.

■ Guevara y Washington

¿Quieren ustedes alternar la impresión que emana de la personalidad del Che Guevara con otra que bien podría ser considerada su vera antítesis? Pues creo poder complacerles.

Guevara había creído palpar la realidad del hombre nuevo en Sierra Maestra. ¿Qué es lo que podría haber operado la milagrosa transformación? Después de todo el hombre viejo lo es en buena ley. Viejo de siglos, de milenios. La historia nos lo muestra, aproximadamente siempre igual a sí mismo, siempre el mismo viejo Adán. Ahora, en la espesura de una tierra tropical, una mutación sin precedentes se habría producido.

No es, sin embargo, la primera vez que la gente se hace ilusiones. Antes ya otros habían contemplado hombres de actitud heroica, encuadrados en una coyuntura especialísima, de lucha, de peligro, de camaradería. También otros habían tenido la idea de una mutación.

¿Cuáles son las virtudes que adornaban a Jorge Washington? Jefferson era brillante, Hamilton agudo. Franklin ingenioso. Los norteamericanos no suelen pintar el retrato de su primer presidente con colores análogamente vivos. Pero por más que los grises y los ocres estuviesen indicados para reflejar su personalidad, éste debía caracterizarse por un sólido sentido común. Vea el lector si la siguiente transcripción no le hace pensar lo mismo.

"Hasta un reducido conocimiento de la naturaleza humana nos convencerá que, para de lejos la mayor parte de la humanidad, el interés es el principio dominante; y que casi todos los hombres están en mayor o menor grado bajo su influencia. Motivaciones de virtud pública pueden actuar sobre los hombres durante cierto

tiempo, o en situaciones especiales, y hacerles mostrar una conducta puramente desinteresada; pero en sí mismas no alcanzan para producir una perseverante conformidad con los exigentes dictados y obligaciones del deber social. Son pocos los hombres capaces de sacrificar continuamente todos los requerimientos del interés o la ventaja privados en aras del bien común. Sería en vano que clamáramos contra la depravación de la naturaleza humana a este respecto; porque el hecho es ése, la experiencia de todas las edades y todas las naciones lo prueban, y tendríamos que cambiar en gran medida la constitución del hombre antes de que pudiéramos lograr otra cosa. Ninguna institución que deje de estar edificada sobre la presunta verdad de estas máximas puede alcanzar éxito (8)".

La actitud que reflejan las palabras de Washington no es de mera pasividad ni de resignación ante el mal y la injusticia en el seno de la sociedad. Representa simplemente aceptar los hechos como son. Significa cimentar la acción sobre bases racionales. El hombre no va a cambiar de pronto porque nosotros lo deseemos. Podremos suscitar en él un gesto heroico, de renuncia de sí mismo —otros lo han hecho ya antes— pero difícilmente lograremos que un espíritu análogamente desinteresado oriente su acción en la rutina de todos los días. Dejemos que Max Weber nos recuerde otra vez "que a la revolución llena de entusiasmo sucederá siempre la rutina cotidiana de una tradición y que en ese momento el héroe de la fe abdicará (9)".

Desde el punto de vista moral, la actitud de Washington no tiene por qué sumirnos en el conformismo. Sólo significa que no creemos en la promesa marxista de

(pasa a pág. 38)

Higiene de los ideales

(viene de pág. 2)

que la moral va a caer del cielo como maná, al decir de Soljenitsyn, cuando se colectivice la propiedad (10). La transformación moral de una sociedad es una tarea sin duda enormemente difícil, sobre la que sabemos muy poco. Desde que Sócrates se entregó a ella en las plazas de Atenas, y los profetas la venían cumpliendo de antes en el seno del pueblo hebreo, podemos practicar un inventario mucho más acabado de los esfuerzos de sus resultados. Ahora se nos propone tomar un atajo y lograr la mutación ética con un cambio de estructuras sociopolíticas, o simplemente por obra de la militancia revolucionaria. Es la alternativa de la lucha interior, de la conversión cristiana, o de la **metanoia** platónica. Representa, ante una dificultad que nos abruma,

la apelación a la magia, el rechazo de la razón.

Desde el punto de vista social la misma implica negar que el mundo pueda sufrir una transformación cualitativa, que sea posible por medios políticos inaugurar un reino mesiánico, en que todas las injusticias y alienaciones se esfumen. Un teólogo protestante, Helmut Gollwitzer, de inconfundible orientación "progresista" lo ha dicho con singular elocuencia:

"Todos los cambios que se quieran no van a transformar al mundo futuro en un lugar exótico. Habrá factores constantes que se rehusarán a marcharse, habrá celos y cobardía, amor y amor contrariado, traición y fracaso, alegría y preocupación por la alegría, melancolía y desprecio, enfermedad, vejez y muerte. Seguirá en

pie la cuestión del sentido, y perdurarán los abismos del corazón. La filosofía y las 'ideas religiosas' seguirán con nosotros... Podemos concordar con John Stuart Mill, en cuanto a que la mayor parte de la historia ha tenido que ver con males evitables, y podremos otorgar nuestro apoyo a la remoción, por fin, de todo lo que pueda ser removido, ...pero la poderosa realidad de lo que no puede cambiarse permanecerá aún. Ello tiene su asiento tanto en el medio que circunda al hombre como dentro de sí mismo. Debemos soportarlo, y en razón de ello, no sólo la resistencia y la rebeldía, sino también la paciencia y la resignación, continuarán siendo reconocidas entre las cualidades necesarias para la humanidad. Mirar este hecho a la cara no es negativo, no es una tentación hacia la pasividad antes que la acción, es más bien una ayuda para la acción apropiada, porque la

protege a la acción contra el peligro de oscilar entre la soberbia y la desesperación, como Lutero solía decir, entre una arrogancia ilusionada y una desesperanza sin ilusiones... Lo inalterable nunca cancela el sentido de nuestros actos, sino lo que siempre cancela son nuestras ilusiones. (11)"

NOTAS

- (1) ¿Es Cuba socialista? p. 179.
- (2) Ibid.
- (3) Ibid.
- (4) Ernesto Guevara, "El sistema presupuestal de financiamiento" en **Nuestra Industria, Revista Económica**, N° 5, febrero de 1964.
- (5) J. L. Lecerle, "Introduction" al **Discours... de l'Inégalité...**, p. 19.
- (6) Joseph Schumpeter, **Capitalism, Socialism and Democracy**, p. 58.
- (7) Op. cit., p. 179.

- (8) reproducido en Hans J. Morgenthau, **Politics nations**, p. 8.
- (9) **Le Savant et le politique**, p. 180.
- (10) Alejandro Soljenitsyn, "As

Beathing and Conscience Return" En **From under the Rabble**, p. 14.

- (11) **The Christian Faith and the Marxist Criticism of Religion**, pp. 129-130.

Amor sin... (viene de pág. 35)

aggravada por un tono monocorde que se apodera de Amándonos de un extremo a otro y en cada uno de sus rubros.

En literatura y en cine, suele rotularse de "historias para mujeres" a relatos donde las contradicciones y desvelos de una o más sufrientes criaturas, imposibilitadas de una estable vida de pareja, constituyen el leit-motiv. Films y novelas contruidos sobre el manido andamiaje de frases entrecortadas, llamadas telefónicas con campanillazos elocuentes, preguntas sin respuesta, miradas lánguidas, éxtasis provocados por nuevos amores y la so-

lución o el fracaso final. En fin, una fórmula que con las libertades de cada época han ensayado plumas tan insignes como la de Corín Tellado y sus epígonos, entre los que Chourraqui parece tener privilegiado sitial. Por supuesto que el término de "historia para mujeres" nos resulta peyorativo para el sexo femenino, pues supone conformismo y ausencia de rigor crítico. Pero, visto que el mismo existe, y con el debido respeto para las damas inteligentes, que porcentualmente son tantas como los hombres, esta es una "historia para mujeres".

A.S.T.